

## **-La Gula- El pan del intelecto**

**Margarita Martínez**

Licenciada en Ciencias de la Comunicación-UBA

Hubo una época en que el estímulo intelectual pasaba por ser una forma de voracidad. Eran tiempos en los que las disciplinas no estaban tabicadas y en las que el mecenazgo no había expulsado la febrilidad a la órbita de las lecturas de medianoche. Todavía bajo las Luces, querer engullir el universo entero no constituía pecado, y se aspiraba a que todos comieran del pan universal ofreciéndolo a bajo precio en mostradores accesibles. Los vaivenes críticos del siglo XX advirtieron, sin embargo, que en todo altruista se escondía un pecador, y que era una forma insidiosa de la gula atiborrarse con pan hecho de mala semilla. Como efecto del vaivén crítico, se multiplicó el punto de vista y se relativizó el universal; como corolario, se impuso la disolución de la idea de que hubiera un cúmulo de saberes que mereciera la atención de la comunidad humana entera. Si por un lado se gestaba el pensamiento que se preguntaba por qué al “otro” habría de importarle lo que se cocinaba en la caldera de Occidente, por el otro la pregunta simétrica se planteaba con bastante menor asiduidad.

Sobre esta primera asimetría se supo solapar una segunda: el relativismo no implicaba el crecimiento exponencial del cúmulo de conocimientos disponibles para la humanidad toda, sino el afianzamiento del derecho de algunos a referirse a los otros trasmutándolos en temas junto con sus prácticas y diferencias, pues en el fondo la ampliación del acceso derivaba del ensanchamiento de las capas medias y seguía concerniendo a la cercanía de los centros de producción intelectual, vía hegemonía cultural, o vía el proceso de tamiz y promoción que expulsa a los márgenes lo que toma de ellos. Paralelamente, el apetito irreverente del todo era cambiado por el afán de agotamiento del campo, siempre bajo el signo de la supuesta modestia (la retórica de la construcción de trabajos académicos enseña que se debe explicitar la ausencia de voluntad generalizadora, como si el entusiasmo totalizador, como otra forma del pecado de gula, constituyese una condena). El disciplinamiento retórico original fue desplazando lentamente la aplicación del ingenio hacia el armado, y el enorme esfuerzo insumido en la tarea fue sustrayendo energías a la experimentación para inclinarlas hacia la especulación, haciendo de los trabajos constructos precavidos, paragolpes de sí mismos.

Pese a las apariencias, la gula –y su hermana, la lujuria–, no se habían dado por desaparecidas del mundo del intelecto. El efecto inusual de torsión operado por la civilización del posgrado producía algo más que un cambio de objeto, dado que no se trataba de abandonar el mundo entero para pasar a una muestra que pudiera permitir ver a través de ella lo demás, a condición de saber posicionarla, de la misma forma en que Michel Foucault u Octavio Paz, en Latinoamérica, leían una

época a través del cristal de archivo. Se trata hoy de una casuística *per se*, de la obligatoriedad del costado empírico, de la conminación a recorrer el tortuoso camino del estado de la cuestión, de la existencia de condiciones de producción que restringen el espacio de la curiosidad –otro nombre de la insaciabilidad–: de un cercenamiento imperdonable en el seno de cualquier institución educativa. Si “este trabajo no pretende agotar el campo”, no lo pretende cuando lo pretende, así como el enciclopédico voraz no lo agotaba creyendo agotarlo, porque su curiosidad, motor inmóvil, lo llevaba siempre más lejos de su punto de arranque.

Emerge una nueva modalidad de producción de discursos académicos que no se puede llamar estrictamente retórica porque la exigencia de una escritura comprensible y de una organización lógica del discurso no forman parte de los requisitos de base, sino que, a la manera de un expediente judicial, cobran gran importancia los formalismos y la cita de antecedentes, metadiscurso que termina tejiendo todas las hebras del discurso propio, que operan a modo de mecanismos de inclusión y reconocimiento, y que no forman necesariamente parte de un homenaje a los que antecieron, sino un dispositivo de sumisión, eventualmente de adulación (al jurado). Se afianza por otro lado un modo de ver el mundo cuyo modelo es la lupa y su antimodelo la vista aérea, que se asimila sin más al vuelo de pájaro. Lo que impide considerar el avance acelerado de un determinado modelo gnoseológico con la condescendencia que provocaría una moda pasajera es la aparición de efectos visibles a pocos años de la emergencia (en términos globales) de dichos criterios de homogeneización de la actividad intelectual en las ciencias humanas. Entre dichos efectos, al menos dos son alarmantes: por un lado, la aquiescencia es tan costosa en términos intelectuales que quienes tienen potencia para pensar con alguna audacia corren el riesgo de quedar en el camino por la falta de estímulo, o absolutamente agotados por el ascenso al punto de la jerarquía intelectual que todavía permite la libertad de pensamiento y de escritura. Si se quiere permanecer dentro del sistema, elección de consecuencias innegables, se debe pasar una y otra vez por el rodillo de sucesivas evaluaciones en manos del funcionariado intelectual, primera generación producto de este proceso de desguace del pensamiento, medianía supina que supo empinarse en momentos de transición y que se convierte en determinante en su derrotero posterior. El segundo efecto alarmante tiene que ver con la emergencia a escala masiva de otro tipo de voracidad por sobre el mundo, de un tipo de ambición relacionada con el conocimiento que parece, *a posteriori*, o bien pérfida, o bien perfectamente ingenua.

En su acepción medieval, la gula, como pecado matriz, consistía en la búsqueda explícita y exclusiva de placer en el hartazgo a través de la ingesta desmedida de alimentos. En sentido metafórico la definición de gula daba un paso más: calibraba el apetito desbocado por sobre el universo como la suposición de su objetivación, proceso necesario para operar su apropiación. A la vez, la virtud conjuradora de la gula no era estrictamente la moderación –la detención a tiempo–, sino la templanza, virtud cardinal que apunta al norte del problema. Porque si la gula ya no es afán de conocimiento de todo, ¿es afán de qué? ¿Qué debería contener en

este caso la templanza? ¿O más bien es un asunto de temple espiritual, cuando el mundo, a diferencia de otros tiempos, tiene algo que ofrecer al intelectual de nuevo tipo? Pero lo más asombroso es que nadie parece preguntarse, entretanto, por qué todos sacan la sortija: aeropuertos, hoteles, agasajos, congresos, conferencias; nuevos príncipes y mecenas anónimos, o evanescentes tras velos institucionales, presentan al mundo como dote. La falta de temple adquiere la forma de carencia de autocrítica, y el apetito ciego impide ver a quién corresponden los bocados.

Cumplir con el camino educativo necesario para llegar al nivel en que se abre la flor de estos problemas es justificable desde el lugar de la pura ingenuidad: es cuando en una comunidad intelectual hay o bien un acuerdo, o bien una tolerancia, o una resignación, que impida la autocensura, la moderación, la autocrítica. Ni siquiera se trata de la falta de pudor o de que nadie se atreva a decir que el rey está desnudo: a veces ocurre simplemente que nadie lo nota, salvo bajo algunos chispazos de lucidez en donde se esgrime el propio mal como causa, la posmodernidad, la caída de los grandes relatos, la ausencia de certezas, que sólo bajo perspectivas muy torcidas podrían justificar la falta de trabajo sobre sí, la pereza, el conformismo. Lo que es imposible de sostener, y sobre todo para la mayor parte del segmento académico que consigue financiación en el marco de los estudios culturales, es el aprovechamiento desembozado o el consumo desmedido de recursos de origen dudoso, y no porque provengan de actividades literalmente ilícitas, sino por otro principio básico que deberían recordar quienes lucran con su enunciación: que lo que aparece de sobra en algún lado se desagota o se desangra por el otro. En esto hay perfidia y maldad, a pesar de que parezcan términos poco aplicables a la comunidad intelectual transnacional. Que se opte por proponer mantener a otros hombres en la ignorancia de los hechos del mundo en aras de la propia comodidad es como mínimo inaceptable. Acaso sea cierto que de los intercambios fructifica la riqueza del mundo, y si los resultados de intercambiar con el otro nos parecen nefastos para los "otros", justamente por ello el camino no debería ser instaurarles un velo. Es un lugar común decir que los elementos para defenderse en este mundo son técnicos, pero son también intelectuales, como enseña la lección de la historia.

Se devaluó la idea de confrontación, desplazada por la idea de consenso, falsamente sustituida por la idea de diálogo. Cuando en la oposición escolástica los rivales se enfrentaban cara a cara, en disputas públicas y con testigos, operaba un sentido agonal que comprendía, entre otras cosas, el propio perfeccionamiento y la obligación de salvaguardar algo de honor asociado al pensamiento. El sentido agonal se perdió porque sólo fue comprendido en su vertiente negativa, aquella en donde la medición con otros implicaba la voluntad de destrucción del rival, mientras que en la búsqueda de la virtud, la derrota del otro no significaba su destrucción. La conciencia dialéctica así lo exigía. Sólo se puede pensar que la confrontación actual se evita porque puede conducir hacia la disolución de otro tipo de consenso, tácito y relacionado más con las condiciones de producción del conocimiento que con el conocimiento mismo. Hasta hace dos siglos todavía de algunos intelectuales se decía que eran "virtuosos". A pesar de

que el término se reservó posteriormente para la ejecución de un arte, aplicarlo al intelectual parece imposible por otras razones. En ninguna de sus acepciones.

Todos estos son problemas que conciernen a la especialización. Especialización e idoneidad no deben ser confundidas, porque de ello deriva el proceso que cambia el hecho de llevar el mundo hacia el que se educa, patrocinar su conocimiento por medio de la razón y la experiencia, por el otro proceso que se basa en educarlo a través del comentario para que luego vaya, con su "attaché" especializado, a impartir conferencias, antieminencia viajera en la que nunca fue inculcado el sentido de rebelión (ni siquiera bajo la conminación de la perspectiva crítica), sino el de saciedad. Y con respecto al "otro", a los otros que somos si nos compete un espacio de formación en una universidad del tercer mundo, podemos pensar, en lo que nos respecta, que la protección y la defensa del otro encontraba, a veces, en los utopistas del siglo XIX una sinceridad que cuesta leer al trasluz de la producción de quienes no escriben si no mediante una abultada financiación.